

JULIA QUINN



*Bridgerton:
felices
para siempre*



El libro que todos los seguidores de los Bridgerton, tanto en formato libro como de la serie de Netflix, estaban esperando.

Esta obra es el broche perfecto para todos aquellos que se quedaron con ganas de más. Julia Quinn nos presenta ocho divertidos y emocionantes epílogos sobre los ocho hermanos.

Contiene además una historia adicional sobre la sabia e ingeniosa matriarca de la familia: Violet Bridgerton.

Érase una vez una autora de romance histórico que creó una familia. Pero no cualquier familia. Ocho hermanos y hermanas, sus consortes, hijos e hijas, sobrinos y sobrinas, y también a una matriarca adorable e irreprensible. Son los Bridgerton, no una simple familia, sino una auténtica fuerza de la naturaleza.

A lo largo de ocho novelas de gran éxito, los lectores y lectoras han reído, llorado y se han enamorado con sus historias. Pero querían más.

Así que muchos preguntaron a la autora: ¿Qué ocurre luego? ¿Acaba Simon leyendo las cartas de su padre? ¿Francesca y Michael se convierten en padres? ¿Realmente «el final» tiene que ser el final? La obra que todos los amantes de esta fascinante saga estaban esperando.

Índice de contenido

Cubierta

Bridgerton: felices para siempre

Dedicatoria

Carta de la autora

El duque y yo
Segundo epílogo

El vizconde que me amó
Segundo epílogo

Te doy mi corazón
Segundo epílogo

Seduciendo a Mr. Bridgerton
Segundo epílogo

A sir Phillip, con amor
Segundo epílogo

El corazón de una Bridgerton
Segundo epílogo

Por un beso
Segundo epílogo

Buscando esposa
Segundo epílogo

El esplendor de Violet

Una novela corta

Sobre la autora

*Para mis lectores,
que no dejaban de preguntar:
«Y después, ¿qué sucedió?»*

*Y también para Paul,
que no dejaba de decir:
«¡Qué gran idea!»*

Estimados lectores:

¿Alguna vez os habéis preguntado qué ocurrió con vuestros personajes favoritos después de leer la última página? ¿Habéis querido saber un poco más de vuestra novela preferida? Yo sí, y a tenor de las conversaciones que he mantenido con mis lectores, no soy la única. Por ello, y después de innumerables peticiones, he revisado las novelas de los Bridgerton y he dado a cada una un «segundo epílogo»: la historia que viene *después* de la historia principal.

Para aquellos que no hayáis leído las novelas de los Bridgerton, os advierto que algunos de estos segundos epílogos no tienen mucho sentido si no conocéis la novela original. A quienes las habéis leído, espero que disfrutéis leyendo estas historias tanto como yo al escribirlas.

Con afecto,
Julia Quinn

El duque y yo

En mitad de *El duque y yo*, Simon se niega a aceptar un paquete de cartas que le escribió su difunto padre, de quien estaba distanciado. Daphne, previendo que quizás, algún día, cambiaría de opinión, se queda con las cartas y las esconde, pero cuando se las ofrece a Simon al final del libro, este decide no abrirlas. Mi idea original no era que él hiciera eso; siempre había imaginado que habría algo fantástico e importante en esas cartas. Pero cuando Daphne se las entregó, tuve claro que Simon no necesitaba leer las palabras de su padre. Ya no importaba lo que el difunto duque pensara de él.

Los lectores querían saber cuál era el contenido de esas cartas, pero debo confesar que yo no. Lo que de verdad me interesaba era saber qué haría falta para que Simon *quisiera* leerlas...

El duque y yo

Segundo epílogo

 un ramo de flores

Las matemáticas nunca habían sido el fuerte de Daphne Basset, pero sin duda sabía contar hasta treinta, y dado que treinta era el número máximo de días que solían transcurrir entre una y otra menstruación, el hecho de que en ese momento estuviera mirando el calendario sobre su escritorio y contara cuarenta y tres era motivo de preocupación.

—No puede ser —dijo al calendario, medio esperando que este le respondiera. Se sentó lentamente e intentó recordar los acontecimientos de las últimas seis semanas. Quizás había hecho mal los cálculos. Había tenido la menstruación mientras visitaba a su madre, entre el veinticinco y el veintiséis de marzo, así que... Volvió a contar, esta vez físicamente, tocando cada casilla del calendario con el dedo índice.

Cuarenta y tres días.

Estaba encinta.

—¡Dios mío!

De nuevo, el calendario poco tuvo que decir al respecto.

No. No, no podía ser. Tenía cuarenta y un años. Eso no significaba que no existiera ninguna mujer en la historia del mundo que hubiera dado a luz a los cuarenta y dos, pero

habían pasado diecisiete años desde la última vez que había concebido. Diecisiete años de relaciones placenteras con su marido, durante las cuales no habían hecho nada, absolutamente nada, para evitar un embarazo.

Daphne simplemente asumió que había dejado de ser fértil. Había tenido a sus cuatro hijos seguidos, uno por año, durante los primeros cuatro años de su matrimonio. Y después... nada.

Se había sorprendido al darse cuenta de que su hijo menor había cumplido un año y no había vuelto a quedarse encinta. Y luego su hijo cumplió dos años, después tres, y su vientre permaneció plano. Daphne contempló a su prole (Amelia, Belinda, Caroline y David) y se sintió tremendamente bendecida. Cuatro hijos sanos y fuertes, y el más pequeño un robusto varón que algún día ocuparía el lugar de su padre como duque de Hastings.

Además, a Daphne no le gustaba especialmente estar embarazada: se le hinchaban los tobillos y las mejillas, y su tracto digestivo hacía cosas que no quería volver a experimentar de ningún modo. Pensó en su cuñada, Lucy, a la que los embarazos le sentaban de maravilla. Algo bueno, ya que Lucy llevaba catorce meses embarazada de su quinto hijo.

O nueve meses, para ser precisos. Pero Daphne la había visto hacía pocos días y *parecía* estar de catorce.

Estaba enorme. Gigantesca. Pero radiante y con los tobillos sorprendentemente delgados.

—No es posible que esté encinta —dijo Daphne, apoyando una mano sobre su vientre plano. Puede que estuviera entrando en la menopausia. A su edad le parecía un poco temprano, pero tampoco era un tema del que la gente hablara. Quizá muchas mujeres dejaban de menstruar a los cuarenta y un años.

Debería sentirse feliz. Agradecida. La menstruación era una auténtica molestia.

Oyó pasos acercándose por el pasillo y se apresuró a tapar el calendario con un libro, aunque no tenía ni idea de lo que supuestamente estaba escondiendo. Era solo un calendario; no había ninguna cruz roja enorme, seguida de la palabra «Menstruación».

Su marido entró en la habitación.

—Ah, qué bien, estás aquí. Amelia te está buscando.

—¿A mí?

—Sí, gracias a Dios, no me está buscando a *mí* —respondió Simon.

—¡Vaya! —murmuró Daphne. Normalmente habría dado una respuesta más perspicaz, pero su cabeza todavía estaba sumida en la confusión del «tal vez estoy embarazada» o «tal vez me estoy haciendo vieja».

—Es algo sobre un vestido.

—¿El rosa o el verde?

Simon se la quedó mirando.

—¿En serio?

—No, claro que no sabes de lo que estoy hablando —repuso ella, distraída.

Él presionó los dedos contra las sienes y se dejó caer en un sillón cercano.

—¿Cuándo va a casarse?

—No hasta que esté comprometida.

—¿Y cuándo será eso?

Daphne sonrió.

—El año pasado tuvo cinco propuestas. Fuiste tú quien insistió en que esperara a casarse por amor.

—No te he oído quejarte.

—Porque no me quejo.

Él suspiró.

—¿Cómo hemos logrado presentar en sociedad a tres hijas al mismo tiempo?

—Por el celo en procrear que tuvimos al comienzo de nuestro matrimonio —respondió Daphne con descaro; lue-

go recordó el calendario sobre su escritorio. El que tenía la cruz roja que solo ella podía ver.

—Así que celo, ¿eh? —Miró hacia la puerta abierta—. Qué interesante elección de palabra.

Daphne se fijó en la expresión de su marido y sintió que se ruborizaba.

—¡Simon, es de día!

El duque esbozó una lenta sonrisa.

—No recuerdo que eso nos detuviera cuando estábamos en pleno celo...

—Si las niñas suben...

Él se puso de pie de un salto.

—Cerraré la puerta.

—Ah, por todos los cielos, lo *sabrán*.

Simon echó el pestillo con decisión y se volvió hacia ella enarcando una ceja.

—¿Y de quién será la culpa?

Daphne retrocedió un paso.

—Me niego a permitir que mis hijas se casen tan ignorantes como lo era yo.

—Encantadoramente ignorante —murmuró él, cruzando la habitación para tomarla de la mano.

Dejó que tirara de ella para levantarla.

—No me encontraste tan encantadora cuando supuse que eras impotente.

Él se estremeció.

—Hay muchas cosas en la vida que adquieren más encanto con el tiempo.

—Simon...

Él le frotó la oreja con la nariz.

—Daphne...

Su marido empezó a depositarle una miriada de besos en el cuello y ella sintió que se derretía. Veintiún años de matrimonio, y todavía...

—Por lo menos, corre las cortinas —murmuró ella. Con un sol tan radiante como el de ese día, nadie podría ver

mucho desde el exterior, pero estaría más cómoda. Después de todo, vivían en mitad de Mayfair, y todo su círculo de conocidos podía estar pasando en ese momento por delante de su ventana.

Él se apresuró hacia la ventana, pero solo cerró el visillo.

—Me gusta mirarte —dijo Simon con una sonrisa infantil.

Entonces, con una velocidad y agilidad asombrosas, actuó en consonancia para poder observarla *por completo* y, antes de darse cuenta, Daphne estaba tendida en la cama, gimiendo suavemente mientras él le besaba el interior de la rodilla.

—Ah, Simon —suspiró ella. Sabía exactamente cuál sería su próximo paso. Ascendería por su muslo, besando y lamiéndole la pierna.

Y lo hacía *tan* bien.

—¿En qué piensas? —murmuró él.

—¿En este momento? —preguntó ella, pestañeando para intentar salir de su aturdimiento. Tenía su lengua en el pliegue entre la pierna y el abdomen, ¿y creía que ella podía *pensar*?

—¿Sabes en qué estoy pensando yo? —dijo él.

—Si no estás pensando en mí, voy a sufrir una terrible decepción.

Él se rio entre dientes y movió la cabeza para poder depositar un leve beso en su ombligo. Luego se incorporó para rozar sus labios con los de ella.

—Pensaba en lo maravilloso que es conocer a otra persona de una forma tan completa.

Daphne extendió los brazos y lo apretó contra su pecho. No pudo evitarlo; enterró el rostro en el cálido pliegue de su cuello, inhaló su aroma familiar y dijo:

—Te amo.

—Te adoro.

Ah, ¿así que él iba a convertir aquello en una competición? Se echó hacia atrás, solo la distancia suficiente para

replicar:

—Me atraes.

Él enarcó una ceja.

—¿Te *atraigo*?

—Es lo único que se me ha ocurrido con tan poca antelación. —Se encogió de hombros—. Además, es cierto.

—Muy bien. —La mirada de él se tornó más intensa—. Te venero.

Daphne abrió la boca. Su corazón latió con fuerza, luego se desbocó y perdió cualquier habilidad que tuviera para encontrar un sinónimo capaz de contrarrestar el de él.

—Creo que has ganado —admitió ella, con una voz tan ronca que apenas pudo reconocerla.

Él volvió a besarla; un beso largo, ardiente y tremendamente dulce.

—Ah, ya lo sé.

Daphne echó la cabeza hacia atrás, mientras él volvía a descender por su vientre.

—Todavía tienes que adorarme —dijo.

Él siguió bajando.

—En eso, excelencia, soy su eterno servidor.

Y eso fue lo último que ambos dijeron durante un buen rato.

Varios días más tarde, Daphne volvió a mirar el calendario. Habían pasado cuarenta y seis días desde su última menstruación y aún no le había dicho nada a Simon. Sabía que debía hacerlo, pero le parecía algo prematuro. La falta de menstruación podía deberse a otra explicación; solo tenía que recordar la última visita que hizo a su madre. Violet Bridgerton no había dejado de abanicarse en ningún momento, insistiendo en que el aire era sofocante, aun cuando para Daphne había estado a una temperatura de lo más agradable.

La única vez que Daphne había pedido que encendieran la chimenea, Violet se opuso con tal fiereza que Daphne pensó que se pondría delante del hogar para protegerlo con un atizador.

—No enciendas siquiera una cerilla —había rezongado su madre.

A lo que Daphne respondió con buen tino:

—Creo que iré a buscar un chal. —Echó un vistazo a la criada de su progenitora, que temblaba de frío junto a la chimenea—. Eh... quizá también deberías buscar uno para ti.

Sin embargo, *ahora* no sentía calor. Sentía...

No sabía qué sentía. En realidad, se encontraba perfectamente bien. Lo cual era sospechoso, ya que nunca se había sentido bien estando encinta.

—¡Mamá!

Daphne dio la vuelta al calendario y levantó la mirada de su escritorio justo a tiempo para ver a su segunda hija, Belinda, deteniéndose en la entrada de la habitación.

—Entra —la invitó Daphne, agradeciendo la distracción—. Por favor.

Belinda tomó asiento en un cómodo sillón cercano y miró a su madre con la franqueza habitual de sus resplandecientes ojos azules.

—Debes hacer algo con Caroline.

—¿Yo debo hacer algo? —preguntó Daphne, alargando levemente el «yo».

Belinda ignoró el sarcasmo.

—Si no deja de hablar de Frederick Snowe-Mann-Formsby me volverá loca.

—¿No puedes simplemente ignorarla?

—¡Se llama Frederick Snowe... Mann... *Formsby*!

Daphne pestañeó.

—¡Snowman, mamá! ¡Como «muñeco de nieve»!

—Es cierto que es un nombre poco acertado —concedió Daphne—. Sin embargo, *lady* Belinda Basset, no olvi-

des que a ti también podrían compararte con un perro de orejas caídas.

Belinda la miró con hastío, y resultó evidente de inmediato que alguien la había comparado con un *basset hound*.

—Ah —repuso Daphne, algo sorprendida de que Belinda nunca lo hubiera mencionado—. Lo lamento mucho.

—Fue hace mucho tiempo —respondió Belinda con un suspiro—. Y te aseguro que solo fue una vez.

Daphne apretó los labios, tratando de no sonreír. Por supuesto que no estaba bien fomentar las disputas, pero como ella se había pasado toda la infancia peleando con sus siete hermanos, cuatro de ellos varones, no pudo evitar alentarla con un «Bien hecho» en voz baja.

Belinda asintió con gesto majestuoso antes de decir:

—¿Hablarás con Caroline?

—¿Y qué quieres que le diga?

—No sé. Lo que sea que sueles decir. Parece que siempre surte efecto.

Estaba claro que allí subyacía un elogio, pero antes de poder analizar la oración, se le revolvió el estómago de una manera muy desagradable, sintió una extraña presión y...

—¡Discúlpame! —chilló, y corrió hacia el baño, justo a tiempo para llegar al orinal.

¡Dios mío! No era la menopausia: estaba encinta.

—¿Mamá?

Daphne agitó la mano hacia Belinda, tratando de que se marchara.

—¿Mamá? ¿Te encuentras bien?

A Daphne le vino otra arcada.

—Iré a buscar a papá —anunció Belinda.

—¡No! —poco menos que gritó Daphne.

—¿Ha sido el pescado? Porque me ha parecido que tenía un gusto dudoso.

Daphne asintió, esperando que ese fuera el final de la conversación.